

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CENTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CENTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID... { Un mes..... 1 pesetas.
 { trimestre..... 2,50
 { año..... 10

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS { Un trimestre..... 3 pesetas.
 { semestre..... 6
 { año..... 12

A LA JUVENTUD ESPAÑOLA

HOMENAJE A ZOLA

Se reciben adhesiones en las oficinas de este periódico hasta el 10 del actual.

LUCÍA DREYFUS

—Sancho, no abras hoy el pico; calla y escucha, que voy a hablarte y quiero hablar a nuestros lectores de una dama honestísima, digna de toda clase de atenciones y respetos, y que de nobles cualidades es vivo ejemplo, y que por su heroico valor llega, y aun supera, a las más afamadas mujeres de que nos hablan las historias.

—Hable vuesa merced, que escucho sin chistar y muy atento a cuanto vuesa merced dijere, que por el tono con que ha dicho el prefacio, y la seriedad de las palabras, ya desde luego me impondría a oír como se oye a un predicador, cuanto más tratándose, como dice vuesa merced que se trata de una dama, no soy tan áspero, que vuesa merced no me haya pulido y enseñado lo que a las damas debemos, no sólo caballeros y escuderos, sino cuantos tenemos barbas en la cara.

—Pues el caso es que no se yo cómo los españoles, que todos fueron, y son y serán hidalgos... no han dirigido a Francia una reprimenda diciendo a esos «gabachos» faranduleros y noveleros: ¡eh, amigos, tengan cuenta que ya que ustedes quieren hacernos creer que no por endeblez de los soldados, desorden en los generales y pobreza en el material de guerra fueron vencidos, sino por artes de encantamiento y espionajes y traiciones... vaya a mezclar en tales novelitas a las damas; que esto sí que ha de hacerles merecedores del oprobio y de la rechifla de todos los pueblos!

Mira, Sancho, que no sé cómo no se les cae la cara de vergüenza... Toda una mascarada de generalotes, todo un Gobierno, y, en fin, todo un pueblo fanatizados con la fantasía de una traición, condenando a un pobre hombre, y sin permitir que el mundo conozca las causas de la sentencia condenatoria... y generales, coroneles, soldados, pueblo, Gobierno... se vean frente a frente de una pobre mujer... ¡una mujer que eleva sus manos al cielo... pidiendo justicia! Ella opone su enérgica protesta... a ese acto de juicio en las tinieblas, acto el más vergonzante, inquisitorial, grosero, ridículo, cruel y odioso que se ha cometido contra la ley cristiana y democrática, que es espíritu de las leyes de todos los pueblos civilizados!

Un día, Lucía Dreyfus, ve rodeada de esbirros su casa, penetran en ella, se apoderan de su esposo, del hombre que es para ella la vida y la honra; rompen cajones, revuelven papeles y se van... y al poco tiempo Lucía oye por todas partes este horrible grito: ¡Muera el traidor! El traidor es su esposo; mas ella no lo cree. ¿Cómo ha de creerlo? Si le conoce y le ama, si le ha oído decir con profundo convencimiento y ánimo entero: ¡Soy inocente!

Más tarde va a despedirle, a darle el último abrazo quizá... Un buque conducirá al condenado lejos, muy lejos, a una isla desierta... Lucía, con un puñal clavado en el corazón y los ojos enturbiados por las lá-

grimas, ve a aquel buque alejarse y desaparecer en la lejanía del mar, ¡se lleva a su esposo, a su amantísimo marido, abrumado por el peso de una horrible calumnia populachera, romancesca, un trabajo de la malignidad y de la necesidad... Una acusación tan ridícula como cruel!

Entra la dama en su casa y abraza a su hijito y dice que su padre ha ido a realizar un viaje, y que la encargó diese al niño, a su niño querido, muchos besos; ¡pronto volverá el papá de ese viaje, para no marcharse ya más!

Lucía Dreyfus, entiéndanme los que de caballeros, cristianos y españoles se precien, empieza una lucha titánica pidiendo ¡su honor, es decir, la rehabilitación de honor de su marido, que es su propio honor y el honor de su hijo! Justicia... como ha de ser la justicia clara y luminosa como la luz del sol... y en efecto nadie la entiende. ¡Nadie! Al cabo de mucho tiempo halla un caballero, un senador de la república, que contra viento y marea resuelve pedir la revisión del proceso Dreyfus, y tras de este Zola, y luego... el mundo entero... ¡Sí, todo el mundo civilizado... Conmovido al fin por el latido poderoso del corazón de una dama!

La Francia ha sido un pueblo grande, la Francia tiene hoy grandes virtudes, pero la Francia ha cometido gravísimas faltas y ha realizado ridículos, muy ridículos disparates, y lo que es de hoy es mayúsculo.

Estudiemos siquiera someramente el asunto:

He aquí un oficial que ha vendido al enemigo de Francia importantes secretos; no se puede decir qué secretos ni cómo los ha vendido, ni cuándo... porque a ello obliga la prudencia militar.

Si ¿eh?... Pues miren que si peligro resulta en revelar esos secretos... necio es temerlo puesto que ya los conoce el enemigo, que es a quien se dice que el oficial se los vendió.

Por otra parte, en el acto de comprar y vender hay dos personas: el que vende, Dreyfus; y el que compra? No puede decirse.

Ocultar secretos que ya conoce el enemigo, y acusar a uno de haber vendido tales secretos a otro... ¡Más guardándose de nombrar al comprador!

Verdadera ridiculez es ésta... y digna de compasiva tolerancia, si no fuera, como es hoy, apoyo del más ciego fanatismo, por el cual se ha inferido y se sigue inferiendo a la justicia, el más odioso y violento ultraje.

¡Españoles, caballeros y siempre adoradores de la bella mitad del género humano, respetuosos con la virtud, la debilidad y el tierno sentimiento de las damas... elevemos en favor de Lucía Dreyfus una demanda... Hágase la luz! que es lo que ella pide...

La mayor de las catástrofes del mundo,—dijo un gran liberal inglés—no significa tantos males como la menor de las faltas cometidas contra la verdad, la equidad y la rectitud de la justicia.

CLEO-SILVELA

Drama compuesto con escenas tomadas de
«El Tiempo».

Alexas-Villaverde.—Señora, un mensajero.

Cleo-Silvela.—¡Un mensajero! ¿Viene, acaso, en representación de los Caballeros del Santo Sepulcro?

Alexas-Villaverde.—Sí.

Cleo-Silvela.—¿Y por qué no ha entrado ya?

(Entra Castellano con traje «rouge» del Continental Express, y subido sobre unos zancos para que se le vea bien).

Cleo-Silvela.—Habla, mensajero; que oiga yo tu voz de tiple, semejante a la de la Perales.

Castellano (vacilando).—Señora, señora...

Cleo-Silvela.—¡Qué! ¿El duque de Tetuán me desdén? ¿Acaso Elduayen desecha mis proposiciones? ¿El dulce Linares Rivas se hace sordo a mis ruegos amantes? Habla, y si eres emisario de buenas nuevas, te daré todas las actas que quieras, y haré que Cavestany te dedique una oda.

Castellano.—Yo...

Cleo-Silvela.—Pero, ¿por qué callas? ¡Siento deseos de clavarte mi florentina hasta el pomo! Habla, y que tu voz suene en mis oídos como música di cámara. ¿El duque de Tetuán?...

Castellano.—¡Se ha casado!

Cleo-Silvela.—¡Miserable! (amenazándole). ¿Elduayen?...

Castellano.—Ha dado su mano a...

Cleo-Silvela.—¡Pero qué dices, aborto de Cánovas! ¿Y Navarro Reverter? ¿Y Linares Rivas?

Castellano.—Han tenido el mismo fin trágico.

Cleo-Silvela.—¿De modo, que todos duermen en el mismo lecho?

Castellano.—Y yo con ellos.

Cleo-Silvela (a su esclavo Rancés).—Pero, Guillermo, ¿entiendes tú lo que dice este hombre?

Castellano (imperturbable).—Se han casado con veinticinco, sin contar al general Weyler.

Cleo-Silvela.—¡Ah! (con indignación). ¡Ah! (con sorpresa). ¡Todos me abandonan! (Golpea al mensajero).

Castellano.—¡Señora!

Cleo-Silvela.—¡Así no vuelvas en tu vida a ser ministro! ¡Que la prensa a una te obligue a presentar las cuentas! ¡Casados!

Castellano.—Yo traigo la noticia, pero yo no he hecho la boda. Eso ha sido cosa de... (pronuncia un nombre que no se oye).

Cleo-Silvela.—¡Siempre ella! Pues bien, mensajero de malas nuevas, pagarás con tu vida la traición de los demás. ¡Te juro que no saldrás diputado por Zaragoza! ¡Oh, estoy loca de desesperación! ¡Dioses, haced que se pierda la isla de Cuba, y que los Estados Unidos nos declaren la guerra! ¡Haced que Aguinardo no se contente con la cantidad recibida! ¡Haced que Weyler monte a caballo!

Castellano.—Señora...

Cleo-Silvela.—Pero qué, ¿estás todavía ahí? ¡Vete presto o te echo a mis perros, y con ellos a Cos-Gayón! ¡Así tuviera la cara de Moret, me parecerías más feo que Frontaura! ¡Vete, hombre mínimo! ¡Casados! ¡Es decir, que continúa siendo un jefe de partido sin partido! ¡Odio a la humanidad como si toda ella estuviera formada de Romero! ¡Casados! ¡Oh, qué desgracia da soy!

DON QUIJOTE

EL HOMBRE DEL DÍA



«Paseo arriba, paseo abajo...»



La futura mayoría.



El ciego y el lazarillo.
EL BANQUETE DE LA U. G.



Lit. de la Viuda de M. Bautista, Jesús del Valle, 22.

¡Cielos! ¡Don Antonio!

UNA FRASE DE ACTUALIDAD.



Condenado por defender el honor nacional.



«Más vale honra sin barcos, que barcos sin honra.»



Los Caballeros del Santo Sepulcro, 6 segunda parte del partido conservador.

EL PADRE CENTENO

(PEQUEÑO POEMA)

Era el padre Centeno
un cura carilucio, orondo y lleno,
de tan plácida y sana catadura
y de tal corpulencia y bizarría,
que, dicho con perdón de la tonsura,
un lechón bien cebado parecía.

En sus dulces placeres patriarcales
se conforma á los usos de la aldea:
come bien, duerme bien y se pasea,
suele prestar dinero y cereales,
y las tardes las pasa
metido en el retiro de su casa,
sin que del cielo la inclemencia afronte,
gastando el tiempo en ratos placenteros
en unión de unos cuantos compañeros,
por mera distracción jugando al monte.

Una tarde de Agosto
en que entregado á su afición se hallaba,
mientras ósculos tiernos propinaba
á un jarro de tres pintas de buen mosto,
lanzando al aire azules espirales
de larga y aromosa regalía;
hasta unos dos mil reales
tallaba en religiosa compañía.

De pronto cierto elijan se presenta
en que, según la cuenta
de los puntos, la banca va copada;
mas la carta endiablada
que término ha de dar á sus desvelos,
tarda en venir, y sufren los pulmones
de los santos varones
que abren al fiel las puertas de los cielos.

A cada nueva pinta
del color de los cirios se ve tinta
la cara de los buenos reverendos,
y cada cual, sudando gota á gota
en febriles enojos,
sólo piensa en que Dios le dió los ojos
para buscar los pies de alguna sota.

Mas, ¡ay!, ante el destino todo cesa;
cuando todos creían
que tras de cierto rey asomarían
aquellos pies, por la entreabierta reja
á que el buen sacerdote da la espalda,
crujir se oyó una falda;
atravesó la calle
una moza gentil de esbelto talle,
y olvidado el banquero de su juego
como antes se olvidó de su breviario,
los ojos vuelve á la calada reja,
sobre el tapete la baraja deja,
se pone en pie en seguida,
y al quedar en suspenso la partida,
cualquiera hubiera dicho
que de los hados el fatal capricho
de la amable reunión cortó la vida.

Caso es no averiguado
el espacio que se hubo prolongado
el éxtasis del tierno sacerdote;
mas lo que está probado
es que á la postre un compañero osado,
tal vez de su humildad con detrimento,
poniéndole la mano en el cogote,
le sacó de su dulce arrobamiento.

Cuando el cura sintió tal advertencia,
dando un hermoso ejemplo de paciencia,
tomó la cartas, recobró su asiento,
en paz y en santa calma pegó un tiento
al contenido del gigante jarro,
y dando dos chupadas al cigarro,
murmuró con veraz recogimiento:

—«A la humana flaqueza da resquicio,
ya que tú como yo pecador eres.
Lo deploro también, pero ¿qué quieres?
¡Si yo el único vicio
que tengo es que me gustan las mujeres!»

ANGEL R. CHAVES.

MONJUICH

LA PRENSA Y LOS GOBIERNOS

La campaña de nuestros queridos colegas *El Progreso* y *El País*, campaña gloriosa que honra á los dos periódicos republicanos, ha tenido un buen éxito. Buen éxito porque esos diarios han conseguido que el Gobierno se fije en el sombrío castillo, donde se han cometido tantos crímenes; buen éxito porque por vez primera, después de muchos meses, se ha podido decir, sin miedo á ningún riesgo personal, lo que antes sólo se delataba en Londres y en París, para que luego en España desmintiese las delaciones la prensa conservadora; buen éxito porque á unos cuantos desdichados se les pone en camino de una reparación.

Cuéstanos todo esto la vergüenza de que sea aquí mismo, en España, ratificado lo que alguien quiso suponer invenciones del *Intransigente*. Pero á pesar de

esto, á pesar del buen éxito aquel, tendrá la campaña tan generosamente hecha por *El País* y *El Progreso*, el definitivo, satisfactorio resultado de que el castigo sea ejemplar, la reparación completa, el remedio puesto, de tal forma que nunca más vuelvan á ocurrir hechos salvajes como estos que han horrorizado á todo el mundo?

Nosotros creemos que no, y es lo único nuevo que puede decirse de este asunto, acerca del cual se han pensado y escrito tantas cosas.

Prescindimos nosotros de aquel refrán, *del lobo un pelo*, y no reparamos en el *poquito* de generosidad y de justicia que ha gastado el gobierno al ordenar que se instruya sumaria en vista de las revelaciones de *El Progreso* y *El País*. Prescindimos de esa loable iniciativa del gobierno para pensar que la iniciativa no es sincera.

Ya se está viendo por lo que se actúa y por cómo se actúa que lo que el ministerio quiere es dar una muestra de justicia para no hacer justicia. ¿Cómo, si no, es la marcha del sumario? Se ha procesado á *El Progreso*, á *El País*, á *El Nuevo Régimen*. ¿Qué disposiciones se ha tomado con los Marzo y los Portas? Médicos particulares distinguidos han asegurado que en los cuerpos de Callis y compañeros, se veían evidentes y claras las pruebas del tormento. Los forenses también han visto muchas veces á los detenidos en la Cárcel Modelo, pero hasta la fecha ¿qué terminante y franca certificación han dado los forenses?

Por eso nosotros, á pesar del buen éxito, *en parte*, desconfiamos del buen éxito total de la campaña generosa. Nuestros gobiernos siempre son los mismos; Sagasta es el de siempre: encubre la arbitrariedad con pedazos de libertad y de justicia... Se acabará el proceso y no se hará un acto justiciero tal que Monjuich, omo sitio de tormentos, acaba totalmente...

Se olvidará todo y quedará, como antes, la sombría fortaleza con sus Marzo y sus Portas, dispuesta, si no para hoy, para renovar mañana sus hazañas, cuando Romero triunfe ó cuando Silvela y Pidal manden.

QUISICOSAS

—Florentina, eres divina,
y si no llegas á amarme
seré capaz de matarme...
—¿Con tu daga?

—Florentina,
la vida poco me importa.
—Mátate, si es que te halaga;
pero no con esa daga,
porque ni pincha, ni corta.

Un año, el día de Reyes,
así le dije á un muchacho:
—Vas á enseñarme las cosas
que los reyes te han dejado.—

Y el niño, que no era tonto,
replicó con desparpajo:

—Si no me han dejado nada,
ni un mal juguete, y lo achaco
á que habrán sabido que era
mi padre republicano.

Creo que la paz de Cuba
sería muy pronto un hecho,
teniendo Máximo Gómez
el fin que tuvo Maceo.

Van pregonando los yankees
que de España son amigos;
pero Weyler á eso dice:
¡Qué amigos tienes, Benito!

Si ven con cara de Pascua
por la calle á un candidato,
es que cuenta con el triunfo
porque le han encasillado.

Queremos la paz en Cuba;
la pide el pueblo español;
pero no una paz que sea
como la paz del Zanjón.

VICENTE RUBIO.

LA LIBERTAD FÍSICA

—¿Te consideras libre?
—Sí. ¿Acaso como te hablo no podría dejar de hablar? ¿Acaso como te miro á ti, no podría alzar los ojos al cielo ó bajarlos á la tierra?
—¿Puedes ver más allá de lo que tu vista alcanza, oír más allá de lo que tu oído consiente, levantar pesos más allá de lo que te permiten los músculos?

—Esto no reza ya con mi libertad, sino con mi poder.

—Tu libertad ¿no tiene acaso tu poder por límite?

—Mi libertad física, no mi libertad moral. Mi libertad física, ¿cómo no ha de tener por límites los que la Naturaleza puso á mis sentidos y á mis fuerzas?

—Tú, con todo, ensanchas los límites de tu vista por el telescopio y el microscopio; los de tu oído, por el teléfono; los de tus músculos, por las máquinas.

—Cierto que los ensancha.

—¿A qué lo debes?

—A la inteligencia.

—¿A la tuya?

—No, sino á la del hombre.

—Luego de la inteligencia del hombre depende tu libertad. No eres ni físicamente libre; vas siéndolo. Tal vez no llegues á serlo ni aún tu más remota progenie. ¡Libre tú, cuando la Naturaleza te domina; cuando no puedes hurtar el cuerpo al calor, al frío, á la enfermedad, al decaimiento, á la muerte; cuando no puedes evitar que la tierra tiemble y destruya tus ciudades, ni que arda el volcán, y estalle, y hunda, y arrastre consigo la isla que la sustentaba y los pueblos que la fecundaron!

¡Oh hijo del hombre! Serás aún durante siglos esclavo de la fatalidad. Los esfuerzos que hasta aquí hiciste son insignificantes para los que deberás hacer, si quieres redimirte. No te ensorberizas por tus triunfos ni te duermas sobre tus laureles. Larga es la labor, largo el camino: unce al trabajo á todos tus semejantes, para que te resulte menos penosa la tarea, más breve el afán.

—Me sorprende oírte hablar de una redención imposible. Limitas mi libertad presente y así ensanchas mi libertad futura?

—No hay nada imposible para la inteligencia. Vencerá el hombre la muerte, bajará al fondo de la tierra, escalará los cielos.

—Sueñas, sueñas.

—Haz entrever al salvaje la posibilidad de nuestros adelantos, y te dirá también qué sueñas. Tiene la inteligencia límites en el tiempo, no en los tiempos. Por una serie de inducciones y deducciones va sin cesar desenvolviéndose y rasgando el velo que le encubre los arcanos del mundo. ¿Quién es capaz de predecir hasta dónde penetrará, ni hasta dónde encumbrará su vuelo?

F. PI Y MARGALL.

ANÉCDOTAS POLÍTICAS

(Arregladas libremente.)

Capdepón lee la prensa del día:

«La caña de azúcar ha sido atacada de una enfermedad desconocida.»

—¡Desconocida!—exclama admirado el ministro de la Gobernación.—¡Indudablemente debe ser la diabetes!

Gullón á su médico:

—Doctor, estoy muy malo.

—¿Qué siente usted?

—Un aburrimiento mortal.

—¡Será que se escucha usted demasiado cuando habla!

D. Práxedes echa su sueñecito acostumbrado en la Presidencia.

Silvela le vela.

—¿Duerme usted, señor presidente?

—No—le contesta Sagasta bostezando.

—Y diga usted, ¿cuántas actas va usted á darme?

D. Práxedes con sorna:

—¡Pero, hombre, no ve usted que estoy durmiendo!

Groizard pretende ser muy inteligente en pintura.

—¿De quién es ese Cristo?—le preguntaron una vez mostrándole un hermoso cuadro que representaba á Cristo en la cruz.

—¡Hombre, ni que decir tiene! Ahí mismo lo tiene usted escrito: de *Inri*.

Un concejal trata de adular á Romanones.

—Usted llegará pronto á ministro—le dice.

—No lo creo—contesta el alcalde sonrojándose.

—¿Por qué no? ¡Otros más tontos que usted lo han sido!

ALMANAQUE DE DON QUIJOTE

PARA 1898

Está á punto de agotarse la edición; pero todavía nos quedan algunos ejemplares á disposición del respetable público. Precio del Almanaque: 50 céntimos. ¡Casi regalado!

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.